



Fundación Cultura de Paz

**Artículo de Federico Mayor Zaragoza**

**Presidente de la Fundación Cultura de Paz**

**Para la Revista ACADE**

**Calidad en la enseñanza: una nueva educación para la nueva sociedad del siglo XXI**

Debido a las rápidas y continuas mutaciones que experimenta la sociedad, todos los actores implicados en el proceso educativo sienten la necesidad de disponer de contenidos educativos adecuados a las exigencias actuales. Por ese motivo, nunca antes ha revestido la educación tanta importancia, ya se trate de la expansión del alumnado, de los recursos que se le asignen o de la función que cumple en la sociedad, que se ha convertido mundialmente en una sociedad del saber. Existe un amplio consenso sobre la necesidad de cambiar en profundidad la educación, transformándola en un proceso guiado por una visión de conjunto de la sociedad futura.

La creciente demanda de educación implica no sólo *más* oportunidades de aprendizaje, sino oportunidades *diferentes*. La demanda de conocimientos avanzados que hoy se da en el mundo entero tiene implicaciones profundas en la relación entre la educación y la sociedad. Necesitamos una "sociedad de conocimientos" como contrapartida de la "sociedad de la información" transformando la *información* en *saber*. La gente clama por un mundo en el que cada cual tenga la oportunidad permanente de desarrollar plenamente sus potencialidades intelectuales y creativas. Nadie, ni una sola persona, debe sentirse condenada a un exilio permanente del mundo del saber. Es una cuestión de dignidad humana. Es, de hecho, una cuestión de auténtica democracia.

Los padres, los educadores y los alumnos forman un triángulo cuyos vértices se necesitan mutuamente, de forma que no puede haber una educación que forme ciudadanos del mundo si no existe esta interacción permanente entre los protagonistas del proceso educativo. Todos aprenden y se forman recíprocamente.

Cada ser humano está dotado de una facultad distintiva, que le hace inmensurable e impredecible: la de crear, innovar, inventar. Por ello – “pienso luego existo”- es imprescindible que dispongamos de tiempo para reflexionar, para asimilar como conocimiento la información recibida, sin ser espectadores pasivos que, poco a poco, actúan al dictado y son incapaces de expresar sus propios pensamientos y sentimientos. Incapaces de argüir, asentir, disentir, denunciar.

Hoy, en medio de tantas incertidumbres y desentrenamiento intelectual, es más necesario que nunca contar con la brújula de unos valores, de unos principios que inspiren nuestras actitudes. Los “ideales democráticos de justicia, libertad, igualdad y solidaridad constituyen, junto a la Declaración Universal de Derechos Humanos, los “lazos comunes” a la infinita diversidad cultural que distingue a la especie humana.

Desde siempre hemos vivido en el contexto social de la ley del más fuerte. “Si quieres la paz, prepara la guerra”. Ahora debemos, más que nunca “aprender a vivir juntos”, como recomienda el Informe Delors, a compartir. Compartir mejor –bienes de toda índole, incluido desde luego el conocimiento científico- es esencial para construir cada día la paz “en la mente de los hombres”.

La cultura de paz sólo será posible con el compromiso de la comunidad educativa en la transmisión a los niños de hoy –los adultos de mañana- de los valores en que se basa el progreso armónico de la humanidad: solidaridad, tolerancia, respeto mutuo, espíritu de diálogo y conciencia de la dignidad de cada ser humano. Cada cuatro días, un millón de personas –cada uno de ellas único- llega a vivir con nosotros, la mayoría de las veces en los barrios más menesterosos de esta “aldea global” que hoy es el mundo. Demos esforzarnos para que todos ellos puedan decidir por ellas mismas sobre su futuro y diseñen su forma de vivir y de actuar. En esto consiste la educación: en dirigir

con sentido la propia vida, en alcanzar esta "soberanía personal" que permite el ejercicio pleno de la ciudadanía.

En ausencia de un desarrollo educativo adecuado, la participación ciudadana en la toma de decisiones resulta simbólica o inexistente. Sólo la educación permite cultivar la capacidad de expresión, que es garantía de una auténtica participación democrática. Sólo si logramos hacer realidad el ideal de "educación para todos a lo largo de toda la vida" realizaremos con éxito la gran transición de la cultura de la fuerza y de la imposición, de la cultura de guerra y de violencia en la que estamos viviendo, a la cultura de diálogo, de tolerancia y no-violencia que propugnamos para el nuevo siglo.

La libertad será el distintivo de este siglo recién estrenado. La educación del siglo XXI deberá preparar a los ciudadanos para el advenimiento de una era de auténtica democracia. Este es el reto que hemos de afrontar al entrar en el próximo milenio. Por eso necesitamos una revolución del saber, sin la cual la llamada "revolución digital" de la nueva tecnología de la información sólo acarreará más desigualdad, injusticia y exclusión. Discernir entre lo factible y lo éticamente admisible y aplicar adecuadamente, y a tiempo, el conocimiento: en esto consiste, en buena medida, la sabiduría.

Tenemos que luchar todos los días para cambiar una tendencia que viene de muy lejos, fortalecida por el tiempo. En el siglo que acaba de terminar, testigo de avances sin precedentes en la medicina, la técnica, las comunicaciones y los transportes, hemos pagado una factura terrible de millones de muertos que tenemos la obligación de recordar. Y la mejor forma de hacerlo es empezar a utilizar, frente a la razón de la fuerza, la fuerza de la razón, la ley justa y la palabra –la voz del pueblo- frente a la espada.

Por iniciativa de los Premios Nobel de la Paz, se añadió a la celebración del Año Internacional de la Cultura de Paz (2000), el ***Decenio de una cultura de paz y de no violencia para los niños del mundo(2001-2010)***. La violencia presenta, además de la agresión física, múltiples facetas: miseria extrema y hambre, injusta distribución de los bienes de toda índole – materiales, intelectuales-, impacto mediático en forma de uniformización y banalización de las culturas y de la diversidad –particularmente relevante

porque puede llegar a anular la reacción de los afectados en su diversidad en su identidad.

El ciberespacio nos brinda en este sentido nuevas oportunidades educativas que no debemos desaprovechar. Pero para asegurar la calidad de sus contenidos, es necesario establecer códigos deontológicos y eliminar la creciente "brecha electrónica". Es una falacia decir que vivimos en la "sociedad de la información". En realidad sólo algunos privilegiados, apenas un 5 por ciento de la población de los países más desarrollados, tiene acceso a los nuevos medios de comunicación e información. Pero esa montaña de datos e información se tiene que convertir en conocimiento mediante la reflexión y el pensamiento, tiene que convertirse en formación, y sólo así – como antes apuntaba- desembocará en sabiduría. Elliot decía: "¡ Cuánta sabiduría se diluye en el conocimiento, y cuánto conocimiento en la información!".

El educador es el protagonista principal de la educación, junto a la familia- Los instrumentos son útiles, pero no bastan, por muy sofisticados que sean. María Zambrano dijo que "sin educación para la paz no habrá desarrollo duradero". La mejor pedagogía –la única- es la del amor y el ejemplo. Y la del amor, la asumida en un contexto hogareño y social armonioso, y aprendida con ternura y afecto hacia los educadores y de los educadores hacia los aprendices.

Los padres y los educadores son los alfareros de este vaso nuevo, de este mundo nuevo que queremos construir. Debemos proporcionar a nuestros jóvenes las herramientas y las capacidades que les permitan establecer, mediante la reflexión, sus propias respuestas a preguntas esenciales, esas cuestiones que a veces incluso somos incapaces de plantearnos porque nos distraemos fácilmente con el tremendo vocerío de lo superfluo que nos impide concentrarnos en las cuestiones básicas, en los grandes desafíos sociales, medioambientales, culturales y morales de este fin de siglo y de milenio. El futuro puede ser menos sombrío que le presente. A condición de que, día a día, sepamos diseñarlo y construirlo. Cada uno. Todos juntos.